

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque dentro de Francia, se halla formada ya, completamente formada la idea republicana, en la cual han de vaciarse indefectiblemente los hechos.

Así es que la monarquía ha tenido en Francia últimamente la fuerza, el ejército; ha teni-

do la legalidad, la Asamblea; ha tenido hasta el desencanto producido por los errores de los radicales, y la reaccion engendrada por las infamias de los comuneros; ha tenido la complicitad de la Europa monárquica, que teme la emancipacion de los pueblos y el advenimiento del derecho; pero con todas estas ventajas, con todas estas fuerzas, no ha podido no, resucitar, porque la habia destruido un corrosivo fortísimo, al cual nada resiste, el espíritu de Francia en perfecta conjuncion con el espíritu del siglo.

## CAPITULO IV.

### LAS ESCUELAS CIENTÍFICAS EN LA DEMOCRACIA

FRANCESA.

Engañárase quien creyera que el movimiento republicano tiene en Francia sólo carácter artístico. Las escuelas científicas influyen también y poderosamente en el desarrollo de nuestra idea. Entre todas ellas ha descollado la escuela positivista. La tendencia general de la escuela, es sustituir á la teología y aún á la metafísica, las ideas puramente humanas, indagadas por la razon, robustecidas por la experiencia, relacionadas con el universo, inmanentes en el espíritu, ajenas á toda tendencia trascendente, y contrarias á lo espiritual y supra-sensible. La serie de las ideas fundamentales de esta escuela no entra hoy en nuestro tema; pero entra la serie de las ideas políticas y sociales que han ejercido y ejercen decisivo influjo en el espíritu de nuestro tiempo.

Para los jefes de la escuela positivista, la base de la sociedad antigua era la casta, y la base de la casta era la herencia en las funciones sociales, sobre todo en las altísimas y preponderantes funciones del sacerdocio. Des-

truyó la casta para siempre el catolicismo, quitando el carácter hereditario al ministerio sacerdotal. Pero forzado, segun ellos, á establecerse en una sociedad semi-bárbara, vióse forzado también á fundar un régimen teológico para someter por la autoridad las ciencias, y un régimen feudal para someter por la espada las fuerzas á una sociedad dotada de algun organismo.

Mas desde el siglo xiv la razon humana tendió á negar el régimen teológico y la voluntad humana á separarse del régimen feudal. Esta doble negacion dió en los pueblos latinos una dictadura monárquica y plebeya; en los pueblos germano-sajones una dictadura aristocrática y protestante. Mas entretanto que sucedia esto en las esferas políticas y sociales, la razon humana se desligaba por un trabajo negativo de las ideas teológicas. Y el gran siglo de este trabajo fué el siglo xviii. La política absorbió las ideas como absorbe la planta el jugo de la tierra en que brota. Tres hechos capitales vinieron á demostrar la conclusion del

antiguo estado teológico. Primero: expulsión de los jesuitas, ejército de la autoridad y de la teología. Segundo: reformas de Turgot, encaminadas todas á fundar la sociedad en bases positivistas. Tercero: revolución americana.

Todos estos hechos debían ser generadores del hecho principal en Europa, de la revolución francesa. Esta revolución nació entre ilusiones, creyendo armonizar sus nuevas ideas con la antigua monarquía. Pero el aniquilamiento de la monarquía era el fin primero de la revolución, porque la monarquía, basada en la herencia de las funciones sociales, representaba el resto último de la antigua casta incompatible en el nuevo estado intelectual y moral del género humano. La Convención fundó una nueva sociedad apartada de todas las ideas teológicas y contraria á todas las instituciones feudales. El odio de la Europa monárquica coligada en su contra, la forzó á una dictadura; la dictadura al terror dentro para sostener contra tantos franceses rebeldes y tantos extranjeros unidos la guerra universal.

Mas la dictadura fué extremada, y aún sometida á un espíritu reaccionario por el discípulo de Rousseau, por el maestro de Saint Just, por el heredero de la torba política de Luis XI, por el predecesor y Bautista de Napoleon, por el hombre á quien llaman los positivistas implacable y cruelísimo declamador, por Robespierre. La guerra engendró un grande ejército y el ejército grandes generales. Mientras el ejército combatió en la frontera por la patria fué un ejército patriota y republicano. En cuanto el ejército se alejó y se fué á extrañas y apartadas tierras, tomó el carácter pretoriano, y olvidándose de la patria, identificóse con el jefe que le diera la victoria. Este jefe lo convirtió en dócil instrumento de su propia elevación. Así, ciego y reaccionario restauró Napoleon el régimen militar y teológico. Pero este régimen, contrario al estado intelectual del siglo, sólo podía sostenerse por la fuerza y sólo podía sacar la fuerza

de la guerra. Reducido á esta fatalidad, sus ataques se despopularizaban cada día más, en tanto que se popularizaba cada día más la resistencia. El poder de Napoleon pasó como un sueño, y su nombre será en la posteridad relegado junto á los nombres de los grandes reaccionarios, junto al nombre de Juliano el Apóstata y de Felipe II.

Pero dejó en pie una monarquía, y los Borbones creyeron que era su antigua monarquía, incontrastablemente asentada en las populares creencias; y transmitida de generación en generación como el vínculo inmortal de semidivina familia. La revolución de Julio vino á demostrar la imposibilidad de la herencia, y por consiguiente la imposibilidad de la monarquía. En esta nueva situación social habrá oposiciones que el juicio del público debía destruir, como la soberanía de la nación mezclada al poder del monarca, y la libertad religiosa á la supremacía católica. El culto á la ley reemplazó el antiguo culto al monarca. Mas la ley, por confusa y contradictoria, exigió muchos comentaristas y diversos aplicadores, con lo cual vino el dominio de los abogados, que sostuvieron el predominio de las clases medias.

La monarquía confesábase débil cuando el parlamento alzaba en el oleaje continuo de sus discusiones los hombres destinados á desempeñar el gobierno, y á recoger del gobierno así el ejercicio como la responsabilidad. De todos modos, el poder ha abandonado la antigua dirección intelectual de los pueblos, y ha perdido el carácter hereditario, es decir, el carácter monárquico. A consecuencia de esto, el régimen teocrático, el régimen militar y el régimen colonial, si no se han destruido por completo, se han quebrantado considerablemente. La industria ha obtenido el empleo de las fuerzas más útiles á la humanidad. La estética ha comprendido, inspirando á los grandes poetas del siglo, que las edades fetchistas, politeistas, teológicas, han pasado para que les sucedan las edades científicas.

Todas las ciencias se han trasformado. El sentido histórico se ha unido en todas ellas al sentido filosófico. Las matemáticas han tomado un carácter sintético. La astronomía ha descubierto nuevos planetas y ha ensanchado los espacios. La fisiología ha revelado los más recónditos secretos del humano organismo. Las ciencias naturales han sistematizado la serie de los seres.

Todos estos progresos deben dar á la ciencia un poder político que hoy no tiene. Los sabios se burlan ó se oponen á este poder porque no lo comprenden, como no comprendían los sacerdotes el inmenso destino social que Gregorio VII les reservaba. Pero la ciencia, convertida al bien de la humanidad, tendrá el asentimiento voluntario de los hombres, como lo tuvo el dogma. Y volverán á levantarse el poder espiritual y el poder temporal de la Edad Media. Sólo que en vez de tener aquella oposición que debía resultar entre ellos por el carácter teológico del uno y el carácter militar del otro, se fundarán y se sostendrán en la más estrecha armonía. El poder espiritual se consagrará á la educación y el poder temporal á la acción. Y la religión de la humanidad habrá reemplazado á todas las supersticiones, y la república europea al despotismo y á la anarquía. Este sistema, en cuyo fondo se descubren algunas de las ideas sociales sansimonianas, en cuya aplicación sería difícil evitar las aristocracias, á lo ménos, las gerarquías contrarias á la igualdad natural, ha dado origen, no solamente en Francia, sino en la misma Inglaterra, á muchas sectas, que aparte sus divergencias políticas, gloríanse todas de sustituir á la fe la razón y á la teología la ciencia.

Los fundamentos del sistema positivista son idénticos á los fundamentos del sistema sansimoniano. Este quería el pontificado industrial y aquel á su vez el pontificado científico. La tentativa de fundar y separar los dos poderes, el poder temporal y el poder espiritual, habíase malogrado en la Edad

Media, por prematura primero, y después por falta de ideas verdaderamente racionales y científicas. Así es, que durante los cinco últimos siglos de transición lenta entre la Edad Media y mundo moderno, el ideal católico de la separación entre la Iglesia y el Estado se fué acabando, y en su lugar brotó el ideal clásico de absorción de todos los poderes, por un solo poder, por el poder civil y militar personificado en los monarcas. Pero el mundo moderno tiene intuición confusa, es verdad, pero intuición al cabo, de la necesaria, de la indispensable separación entre las dos esferas del poder intelectual y del poder material.

Si en vez de presidir á la separación de poderes en la Edad Media una teología autoritaria, presidiera una filosofía racionalista, el grande acto social se consumara entonces encontrándose hoy ya el organismo político formado y sus fuerzas perfectamente distribuidas. Pero desde entonces, la moral tuvo una órbita y otra el derecho; la mente una esfera, y otra la sociedad; y diferenciáronse las reglas universales de la vida y la conducta humana de sus aplicaciones á los diversos casos especiales. Pero la Edad Media, en vez de poner estas dos diversas esferas dentro, primero del hombre, dentro, después de la sociedad, las puso en oposición radical, fuera del hombre, en el cielo y en la tierra. Si la naturaleza no hubiera recobrado su dominio, si la razón su autoridad, si la vida civil su indisputable soberanía, el hombre moderno macerado en su gótica cuna, adscrito á su altar, con el pensamiento puesto en otro mundo oculto más allá de la muerte, convirtiera la sociedad en asperísima Tebaida, y concentrara todas sus fuerzas en cavarse un sepulcro sobre la faz de la tierra para caer, como ae-reolito de otros espacios, en los inmensos cielos del misticismo.

En cuanto el sentido natural se despertó y predominó sobre el antiguo sentido místico la obra de separación, entre lo temporal y lo